

inútiles cuando no perniciosas á ellos mismos, seguramente recibirían los paternales consejos de sus curas; porque el indio en concibiendo que le interesa alguna cosa, se presta á ella á costa de los mayores sacrificios, y abrazada por ellos esta idea franquearían sus arcas, y se hallaría con que dotar maestros hábiles, que gobernasen sus escuelas, que es la primera condicion que se requiere para la buena educacion de los pueblos.

La segunda no es menos importante, y consiste en celar qué los muchachos vayan á ellas; porque si no ¿de qué servirán los buenos maestros? Esto me parece menos difícil que lo primero, en queriendo que lo sea los que mandan en los pueblos. ¿Qué dificultad hay para saber cuántos muchachos hay en un pueblo? ¿por qué no se podrán llamar por lista todos los dias como se hace con los soldados? Faltando alguno, ¿qué teología se necesita para averiguar en quién consiste la falta, si en el muchacho, ó en su padre, ni para castigar irremisiblemente al culpado? y por último, ¿qué no pudieran hacer el maestro y el gobernador, auxiliados por el subdelegado y el cura? Seguramente se conseguiria el fin, y se llenarian muy en breve las intenciones de nuestros benéficos monarcas.

Lo mismo y con mas facilidad se podria hacer en las ciudades; y ves aquí, segun me parece, realizado

en dos palabras el plan de educacion general, que hasta hoy tenemos en un pié lamentable. *Buenos maestros que enseñen, y mucho cuidado para que los muchachos aprendan.* Si por fortuna á este cuidado se juntara algun amor del bien público de parte de los párrocos y jueces, y procuraran animar á la juventud con algunos premios y cariñosas distinciones, entonces yo aseguro que no muy lejos, dentro de diez años se harian demasiado perceptibles las ventajas.

Pero yo me he distraido mucho en esta conversacion, que quizá te habrá enfadado por prolija; aunque tú has tenido la culpa por haberme tocado en un punto que siempre he visto con el mayor interés y compasion. Son ya las doce, y se me habia olvidado que tengo que ir á casa del marqués.

Yo le di las gracias por la confianza que me dispensaba, asegurándole que lejos de fastidiarme su conversacion, siempre me era demasiado agradable por la instruccion que en ella recibia. Con esto se despidió el coronel, yo entré á hablar un rato con Doña Matildita y su niña, y á poco me despedi tambien.

CAPITULO XV.

En el que se cuenta la desgraciada aventura de Pomposita, y el casamiento de Culds y Marantoña.

AL dia siguiente pasé mi catre, mi baúl y mi corto ajuar á la casa del coronel, y el inmediato sábado

llegó Pascual con los caballos. Sin pérdida de tiempo se avisó á Doña Eufrosina para que dispusiera el paseo por su parte, y ella contestó que por estar enferma iría en coche con unas amigas suyas; pero que D. Dionisio y Pomposita irían á caballo.

En esa noche se dispuso todo lo necesario en las dos casas. A otro día oímos misa temprano, y cuando volvimos de la iglesia ya estaba prevenida Doña Eufrosina y sus amigas, D. Dionisio, el anciano eclesiástico, el señor Labin, el Licenciado Narices y algunos otros.

¡Santa Bárbara sea conmigo! dijo Pascual al ver tan grande y lucida comitiva. Todos oímos su desahogado grito, y lo vimos coser la barba con el pecho: pero á ninguno le ocurrió preguntarle la causa: tal estábamos de entretenidos.

Se ensillaron los caballos, y el de Pomposita se adornó con un famoso sillón: cada uno fué montando en el que le tocaba. Pero ¡cuál fué mi admiración y la de muchos cuando vimos salir á la niña Pudenciana y á su mamá vestidas con sus tánicos de montar, calzadas con sus zapatos de botín, con acicates de plata, y adornadas sus cabezas con unos gorros muy preciosos!

Inmediatamente que llegaron adonde estaban sus caballos, montaron en ellos con bastante ligereza, y comenzamos nuestra agradable caminata.

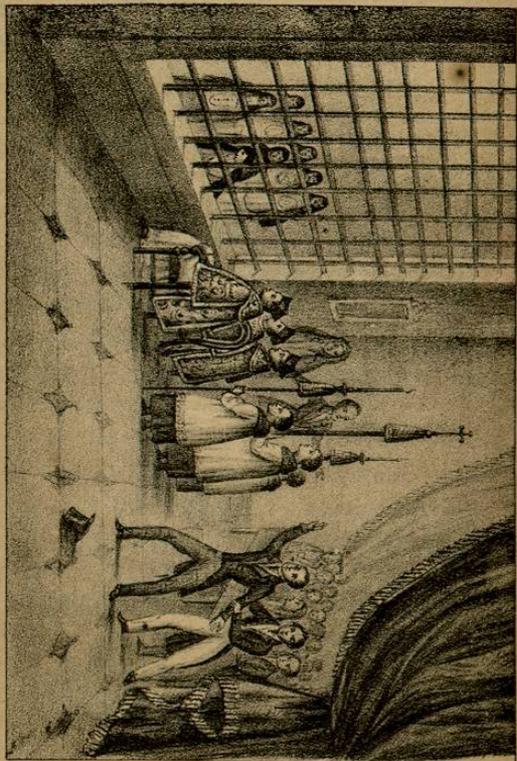
El acompañamiento era tan grande y tan lucido, que traía sobre sí la curiosidad de las gentes que encontrábamos por las calles, siendo Matilde y su hija los objetos que mas llevaban la atención.

Los caballeros que nos acompañaban se deshacían en elogios de Pulenciana, cuyo garbo les era demasiado agradable.

Unos decían que parecía una Palas, otros una Amazona; estos la emperatriz de las Rusias cuando fué al frente de sus ejércitos á atacar á la Puerta Otomana: y todos á porfía la colmaban de alabanzas y le dirigian sus comparaciones mas ó menos adecuadas, pero segun podian.

Tan repetidas alabanzas lastimaban fuertemente los oídos de Pomposita, quien no pudiendo ya sufrir que ensalzasen tanto á su prima en su presencia, dijo: ¿Qué te parece, nina? Ciertamente que has caído en gracia á estos señores. ¡Qué bien ha hecho mi tío en enseñarte á andar á caballo como los hombres. Yo la verdad, estoy envidiosa de esa tu rara habilidad, y desde ahora prometo que voy á empeñarme con papá para que Lailson [1] me instruya en el arte de la equitación, por si algun día me viere en nece-

[1] *D. Felipe Lailson, conocido en la Europa y en esta América por su grande habilidad en el arte de la Equitación.*
LA QUINOTITA, N. 11. TOMO I. 21.



Quinotita

S. a. 2.ª quita

Quinotita

sidad de hacer maromas en el circo, aunque tú estás muy adelantada y podrás hacerme el favor de enseñarme.

Pudenciana se puso colorada por la burleta de su prima, pero no se atrevió á responderle una palabra. Sus padres iban á tal distancia, que no pudieron oír nada de esto, mas el caballero Labin se encargó de defenderla de este insulto, enfadado por la altanería de Pomposa, á quien dijo: Señorita, tiene usted mucha razon para envidiar la habilidad de esta niña, pues lo es en efecto saber montar á caballo y llevar el cuerpo con la gracia que ella lo lleva. Nada hemos puesto de nuestra bolsa en alabarla: si usted anduviera así merecería igualmente nuestros elogios.— ¡Ay! ¿yo? ni pensarlo. ¡Dios me libre de ser tan ridícula ni tan machorra que montara á caballo como hombre! Mi papá y mi mamá dicen bien, que eso es una indecencia en una muger, y es querer hacerse muy singulares entrar por semejantes monerías.

—Sus padres de usted dirán lo que quisieren; pero pienso que seguramente se equivocan. Yo he andado por diferentes partes de la Europa, donde he visto que casi todas las señoras no montan de otra manera. Aquí en México hemos visto seguir esta costumbre á algunas extranjeras y españolas. Pero prescindiendo de los ejemplos, le razon y la experiencia nos manifiestan la bondad y la inocencia de

este uso [1]. Nada tiene de nocivo á la salud, cualidad que falta á estos sillones [2]. Yo aseguro que con el movimiento del caballo, ya no lleva usted la cintura muy á gusto, y no hemos andado media legua. ¿Qué seria en un camino largo?

Tampoco tiene nada de indecente usándose con las precauciones que esta niña. Ya usted habrá visto que apenas se apea, cuando, si quiere, con abrocharse los botones de otro modo, ya está con túnico y enteramente en traje de muger.

Careciendo este uso de las malas cualidades de in-

[1] *El señor Labin tal vez no ignoraria que Dios en el capítulo XXII del Deuteronomio, prohibió espresamente que el hombre se vistiera como muger y la muger como hombre; pero sabia que un caso de necesidad [indulta de esta observancia y el caminar puede ser este caso: por eso defendió la costumbre solo con esta ocasion, dejando á los teólogos la resolucion decisiva de la materia.*

Nota del Editor. *Es falso quo el traje de que se habla en este lugar y usan las señoras para montar á caballo sea de hombre, aunque algunas piezas lo parezcan, pues nadie ni aquí ni en Europa ha visto á los hombres usar el túnico abierto que para esto se visten las mugeres.*

[2] *Las propensas á hemorragias ó flujos de sangre y las grávidas, pueden resentir el montar á caballo de cualquier modo que sea.*

decente y nocivo á la salud, tiene las ventajas de facilitar á una muger el cabalgar, de hacerla menos pesada á los hombres que la acompañan, de proporcionarle la carrera sin riesgo, de librarla por consiguiente de un peligro, y de precaverla, aun en el caso que caiga, de que se ofenda su honestidad.

Que me señalen iguales ventajas en el uso de los sillones; y si no las pueden señalar, sujetémonos á la razon: y cuando mas, que no admitan la moda: pero tampoco se burle nadie de quien la sigue, pues en esto se acreditará su necedad. Tan malo es seguir las modas malas por capricho, como no seguir las buenas por preocupacion, y mas cuando la razon nos convence de su utilidad

Tanto se embobó Pomposita oyendo al señor Labin, que se le cayó el paraguas sobre las orejas del caballo. Este, sin embargo de su mansedumbre, se espantó al verse con aquel embarazo delante de los ojos, y sin esperar razón, dió la estampida, y á poco trecho cayó en tierra mi señora Doña Pomposa, mal de su grado: pero en tan indecente postura, que cuando menos, nadie dudó de qué color eran sus ligas. Los mozos corrieron á atajar el caballo; y nosotros fuimos aprisa á socorrer á la desventurada.

Inmediatamente la levantamos y la metimos en el coche. Por fortuna no recibió mas daño que una ligera contusion. Su vanidad sí, quedó bien abati-

da, y mas cuando el señor Labin le dijo: Señorita, siento mucho este accidente, y para que no lo vuelva á experimentar, le aconsejo que aborrezca los sillones, y se acostumbre á cabalgar como su prima, pues así irá siempre mas segura en los caballos.

Dejámosla en el coche, y continuamos nuestro paseo. El coronel y su esposa se juntaron con nosotros, y fuimos andando y conversando todos alegremente, menos Pascual, que iba en su mula cabizbajo y pensativo sin hablar una palabra, manifestando que alguna pesadumbre oprimia su corazon.

El coronel reparó en su tristeza, y acordándose de la fervorosa exclamacion que acababa de hacer en México á Santa Bárbara no pudo menos sino preguntarle con el mayor empeño la causa de su aficcion ¿Qué tienes Pascual? (le decia), estás enfermo?—No, señor.—¿Te has arrepentido de que se case Cúlás?—¿Ojala fuera ese mi cuidado! ¿Te falta dinero para alguna cosa precisa?—Aunque me falte y aunque lo tenga, de nada me sirve agora.—¿Pues qué tienes, hombre? ensánchate, á ver si podemos consolarte!—Apurarme mas podrán sus mercedes por ahora; pero eso de consolarme, cuándo.—¿Conque nosotros podemos afigirte? ¿De qué modo? Vamos, explicate, no nos tengas en duda de ese enigma

—Pues señor amo, si no se ha de enojar su mercé, voy á confesarle la purisima verdad, aunque me

cueste harto trabajo decirla; pero por eso se dice que mas vale vergüenza en cara, que rencilla en corazon: y que es mas mejor ponerse una vez colorado que ciento descolorido, pues al buen pagador no le duelen prendas.....

—Vamos, hombre, acaba con tantos refranes, que te nos vas volviendo Sancho Panza entre las manos. Despacha, ¿qué es lo que tienes? ¿qué te afige?

—¡Qué me ha de apurar, señor! ya sabe su mercé como el diablo que no duerme hizo que mi muchacho Culás viera de buen ojo á Marantoña, esa que va á ser su muger agora mismo; y luego que me lo dijo, le dije yo: “Hijo, yo estoy opuesto á cuanto tú quieres, porque la muchacha es guena, y mas mejor es que te cases que no te quedes ansina.” Y yo luego luego dí traza para pedírsela á su padre el tío Benino, quien no se hizo mucho de rogar, y como ya todo estaba de pnnto, quije que no quije fué menester buscar dinero, porque para todo que- ren dinero en esta triste vida, y por el dinero baila el perro, como su mercé sabe.....

Estimo tus favores, dijo el coronel; pero sigue tu cuento sin rodear tanto, pues segun vas, pienso que no lo acabas en ocho dias.....

El eclesiástico y los demas señores suplicaron á D. Rodrigo que dejase hablar á su criado cuanto quisiera, y que se explicara conforme fuera su gusto,

porque ellos no lo recibieron menos al escucharlo. El coronel dijo á Pascual que continuara, y este con la misma sencillez que comenzó, prosiguió su cuento de esta manera: Pos señor, como era menester dinero, ¿qué hago? Cojo y vendo un burro mestro, con perdon de sus mercedes, y dos vacas paridas, que por todo me dieron cincuenta pesos; á juera de esto, empeñé las tierritas de Culás en veinte pesos, que hacen treinta cuarenta..... cincuenta.....setenta pesos; y como no alcanzaba para los gastos, se acordará su mercé que le pedí veinticinco pesos prestados, que son cincuenta.....sesenta.... setenta... setenta y uno, setenta y dos, setenta y tres, setenta y cuatro, setenta y cinco y veinte, son noventa y cinco pesos cabalitos, sin medio mas ni medio menos; y de este dinero gasté diez y seis pesos que le dí al señor cura por el casamiento; seis varas de indianilla para la novia, que costaron á once reales y medio cada vara: que son..... seis pesos por un lado, y seis pesetas..... ¡Válgame Dios! seis pesetas, y luego seis reales y seis medios..... En fin, señor amo, agora no puedo ajustar la cuenta; pero allán casa con mis frijoles y mis habas se las ajustaré en un brinco, porque los frijoles son reales y las habas pesos: y ansina se cuentan ocho frijoles y se aparta una haba: se cuentan otros ocho y se aparta otra haba, y en una carrera se ajusta cualquier cuenta.

No pudo menos Pudenciana que reirse grandemente del modo de contar de Pascual, y se acordaba con agradecimiento de las reflexiones que su papá le habia hecho cuando le enseñó á valerse de los números.

Pascual que no entendia lo quo hablaban, y que ya rabiaba por contar el motivo de su afliccion, dijo: Perdone su mercé que la encuarto; pero yo he gastado todo ese dineral, pensando quedar bien debajo de ser un probe, pero como no hay gusto cumplido en esta triste vida, de una hora á otra se me cayó el gozo en el pozo, porque la verdad, yo pensé que vinieran solo sus mercedes y la señora Doña Frosina y su niña, y me voy jallando esta mañana con todo el patio lleno de gente, y estoy que se me queé la cara de vergüenza, al ver que agora vamos entrando en Tacubaya con coche y tantos caballos y señores y señoras tan decentes, que parece que van al casamiento de la vireina, y todo el pueblo se alborotará; y yo quijiera quedar bien, y en esto que no alcanza la comida, pues cuando mas y mucho habrá para veinte almas, y solo aquí vamos mas de los veinte, ajuera de los parientes y conocidos que están allán casa, que no sé cómo nos vendrá la gupera. Vea su mercé si mi apuracion es moco de pavo, y si tengo razon no digo para ir triste, sino para llorar lágrimas de sangre; porque será bravo dolor

que despues de despulsarme por quedar bien, no tenga agora ni que darles de comer á estos señores, que para su mercé no faltará.

Rieron todos á careajada suelta luego que Pascual acabó su relacion, porque al concluirla miró á todos, suspiró y puso una cara de jugador cuando se le arranca el último peso, y no tiene á quien pedirle.

La bulla y algazara que armaron fué tal, que la oyó Eufrosina, quien hizo parar el coche para informarse del motivo. Se lo contó el señor Labin en dos palabras, y todas las niñas que iban en el coche alternaron en la risa con los hombres.

Pascual no dejó de ciscarse; (1) y no quisiera ver los tan alegres á su costa. El coronel advirtió la incomodidad de Pascual, y para sosegar un poco la risa general, llamó la atencion de todos, diciendo: Señores, la candidez del pobre Pascual me trae á la memoria el cuentecillo de aquel rey que habiendo salido á caza, le anoheció, y perdido sin encontrar el camino real, no tuvo otro arbitrio que hospedarse en un cortijo ó rancho miserable, donde los monteros, soldados y criados acabaron con quanto habia para dar de cenar al rey y su corte, y cenar ellos. Pasó la noche, y el dia siguiente al despedirse el rey del pobre viejo, dueño del rancho, le dijo que le pidiese

[1] Ponerse colorado por la vergüenza.—E.

alguna merced. El entonces con lágrimas en los ojos le dijo: Señor, el mayor favor que pido á vuestra Magestad, es que en la vida me vuelva á hacer otra visita, porque si en una noche han destruido sus criados todo el fruto de mi trabajo de muchos años, en asegundando otra visita, me echará vuestra Magestad á pedir limosna con mi familia. Al rey le cayó en gracia la ingenuidad y sencillez de aquel labrador, y lo dejó consolado, resarciéndole sus pérdidas generosamente. Tú, Pascual, consuélate también, y está seguro no solo de que alcanza la comida que has dispuesto, sino que sobra, porque todos estos señores son de muy poco comer. No calmó mucho esta esperanza la tristeza de Pascual; y así continuó en silencio y con su cara de herrero, hasta que llegamos á Tacubaya.

Poco antes de las nueve de la mañana entramos en aquel ameno pueblecito, y al instante comenzaron á repicar en la parroquia. Muchos creyeron que el repique era por nosotros, mas se engañaron, pues fué el primero para llamar á la misa mayor, y estaban avisados los campaneros para que luego que entrásemos repicaran.

Pascual queria que los cocheros se dirigiesen á su casa, pero el coronel mandó que fuesen á las curales. El párroco, que habia sido condiscípulo del coronel, y era muy su amigo, lo recibió con la familiaridad

mas cariñosa, y con mucha atencion á los demas señores.

D. Rodrigo, advirtiéndole que ya se acercaba el tiempo de la misa, trató de que fuesemos á la casa de la novia para conducirla á la iglesia.

Ya estaban esperándonos los novios, sus padres amigos y parientes. Culás estaba de gala con sus calzones de pana azul galoneados y bien surtidos de botones de plata: unas buenas botas picadas y bordadas de oro y azul: sus zapatos abotinados de cordoban, de los que llaman de boca de cántaro: una muy curiosa cotona de indianilla verde guarnecida de listoncito de color de rosa: su mascada del mismo color: su sombrerito redondo, pardo y con toquilla y galon de plata, concluyendo este lujo con una famosa manga de paño azul con dragona carmesí y flecos de oro.

La novia no estaba menos decente en su clase, porque tenia un traje de indiana fina de fondo lacre: su mascada de las que llamaban de arco iris: sus aretes de piedra inga muy relumbrantes: unos tres ó cuatro hilos de perlas finas, aunque menudas, sus cintillos de iguales piedras que los aretes: una porcion de listones en la cabeza, á los que sujetaba una peineta de carey; y remataba su compostura con unas medias de seda, nuevas de primera, y unos zapatos de raso color de rosa bordados de plata.

Culás era un moceton alto y bien formado, rubio y como de veintiseis años de edad; y Marantoña, como le decia Pascual, seria como de diez y ocho ó diez y nueve, gordita, no muy alta; blanca, *huera*, colorada y con unos ojos grandes y negros, los que juntos á una buena tez de cara y á una boca pequeña, encarnada y habilitada de buenos dientes, hacian una figura agradable.

Luego que pasaron las humildes saluciones de todos aquellos pobres, sacó Doña Eufrosina un túnico negro, una mantilla y un abanico: todo muy bueno, como que era de gala, y queria que luciera la ahijada de su hermana; pero esta luego que entendió que la iban á vestir con aquella ropa, poniéndose mas colorada de lo que era, le dijo: ¡Ay! no señora, yo con su licencia no me pongo esos sacos prietos. Esos se quedan para las señoras como su mercé; pero para mí que soy una probe paya! En mi vida me he puesto eso: ¿qué dirán mis amigas si me lo ven puesto? Ya parece que las oigo. Dirán: Mire la ranchera motivosa: ayer andaba arreando vacas con sus enaguas de jerguetilla, y agora sale izque con túnico negro, como una marquesa ó una conda. Así dirán, y otras cosas mas peores. Conque no señora: yo iré á la iglesia con mi rebozo de seda que me ha comprado mi señor padre, y que se queden esos vestidos para los ricos, ó para los probes que quieran ser ri-

dículos..... ¿Pero esto cómo se trae? Preguntaba por el manejo del abanico. Se lo enseñó Eufrosina, y abriéndolo con las dos manos; se soplabá con mucha gracia y decia: "Pos mire, este sí que es un bonito aventador. ¡Ay! cuánto muñequito tienel cuántas florecitas! y qué varitas tan doradas!"

Este sí lo llevaré para soplarme en la iglesia ansina que me apure la calor

Todos se reian por la sencillez de María Antonia, que hubiera llevade el abanico como decia, si se lo hubieran dejado, pero Doña Matilde le dijo: Hijita, esto no lo puedes llevar si no te pones el túnico negro y la mantilla; y á mas de esto era menester que lo supieras manejar con garbo y con una mano, porque si no, te harian burla cuantos te vieran.—¡Oh! pos en siendo ansina, masque nunca lo lleve: que se quede ahí, que á bien que si me apurare la calor, me soplaré con la punta de mi rebozo, que esa sí la sé menear bien con una mano y sin miedo de que se quebre, como puede suceder al aventador pintado.

El coronel dió prisa á las señoras para que nos fuéramos á la iglesia porque ya se habia dado el tercer repique para la misa: y así, poniéndose Marantoña su rebozo, se dirigió la comitiva para la iglesia.

En el camino decia el coronel á Doña Matilde: ¿Has de creer que me gusta la novia?—¡Hola! ¿te

gusta? pues cástate con ella..... No es eso lo que te digo: me agrada en ella su carácter sencillo y su juicioso modo de pensar. ¿No oiste qué oportuna leccion de conformidad dió á mas de cuatro que la escuchaban cuando rehusó ponerse el túnico negro? Esta es mucha humildad y moderacion en una payita jóven, de quien se debia esperar que estuviera deseosa de parecer bien y de componerse, aunque fuera de prestado, como lo hacen tantas aunque no estén de boda, pero María Antonia ha conocido la vanidad de este deseo, y no quiere esponerse á que sus iguales, envidiosas de su decencia, se la murmuren llamándola *rota y motivosa*, como ella misma dice.

Como la iglesia estaba inmediata á su casa, de donde salimos, no tuvo tiempo el coronel para hablar mas sobre esto, y mucho menos, porque luego que de la torre nos vieron ir, hicieron señas de dejar. Con esto nos apresuramos.

Estaba ya el cura revestido, y luego que entraron los novios y padrinos, procedió á las sagradas ceremonias del matrimonio, y cantó la misa despues de ellas. Concluida, salió de la sacristía y nos condujo á todos á su casa.

Pascual estaba entreverado, unas veces alegre y otras triste, acordándose de que no alcanzaba su comida para tantos, y mas triste se ponía al acercarse la hora de almorzar.

Pero ¡cuál fué su sorpresa y su alegría cuando oyó decir al cura: Señores, vamos á la huerta á tomar alguna cosita, porque ustedes ya lo han de menester, como que madrugaron y han caminado, aunque poco! Diciendo esto se levantó el cura de su asiento, hicimos todos lo mismo, y nos dirigimos á la huerta.

Al entrar en ella se acabaron de trastornar Pascual, los novios, sus parientes, y poco faltó para que á nosotros sucediera lo mismo, al ver la magnífica sencillez con que estaba todo prevenido,

La naturaleza por una parte, y por otra la curiosidad del cura, habian formado en aquel frondoso sitio una huerta útil y un pensil ameno y delicioso. Las varias frutas que matizaban el alegre verde de los árboles, colocados en bien dispuestas calles; las diferentes flores que adornaban una multitud de arriates y tiestos curiosos; los agradables aromas que las yerbas y rosas exhalaban; el gorgojo de mil hermosos pajarillos que trinaban alegres saltando de rama en rama; el suave murmullo de las cristalinas aguas que se deslizaban por los caños para regar las plantas y las flores, y el conjunto de todas estas cosas, halagaban los sentidos y suspendian el espíritu dulcemente.

En medio de la huerta estaba una graciosa fuentesilla, y á su lado se formaba una hermosa galería,

en la que estaban colocadas las mesas en donde se habia de servir el almuerzo.

Mil lazos de amapolas, *xúchiles*, claveles y rosas se entretrejian con el mejor órden de un árbol á otro fingiendo las paredes del salon, y haciendo un tapiz tan alegre como natural. Los rayos del sol no penetraban en aquel lugar delicioso, porque sobre las copas de los árboles estaba formado un magestuoso pabellon de damasco carmesí con cordones de seda verde y oro, y el pavimento estaba entarimado y cubierto con unas muy buenas alfombras para que la humedad no molestase á los que debian permanecer allí por largo rato.

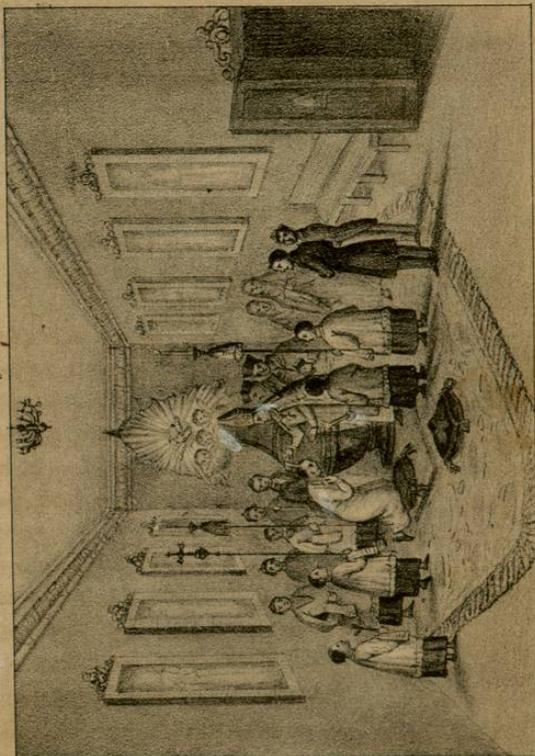
La repentina vista de este ameno y florido vergel, me hizo creer que estaba yo en los pensiles de Semíramis ó en los prados y bosques de Arcadia. No solo yo fui de este perecer; á todos sorprendió tan alhagüena perspectiva, y á porfia alababan el buen gusto del señor cura, que tan á poca costa habia dispuesto un salon tan cómodo y alegre.

Luego que estuvimos en él, hizo el párroco que se sentasen todas las personas decentes en la primera mesa, y en ella tambien los novios y sus padres. Pascual estaba atónito y elevado; pero aun no deponia el temor que lo acosaba de que su prevencion fuera escasa. Por todas partes volvia la cara, y como no veia disposicion alguna de comida, se ponía

Tomo II

Sax. Quipolax

Tomo I





muy fruncido, pensando, segun despues nos dijo, que esperaban el alimento de su casa.

El señor cura dispuso que el padre vicario fuera á cumplimentar á los parientes y convidados de los novios en otra mesa que tenia prevenida muy lejos de la nuestra.

Ya todos sentados en sus correspondientes lugares, tiró el cura de un cordon, sonó una campanilla, y al momento se presentaron cuatro graciosas inditas, ricamente vestidas segun su trage, y comenzaron á servir los platos y las copas.

El primer brindis se dirigió á la salud de la novia, y á seguida comenzamos á escuchar un agradable cencierito de música; aunque no veiamos la orquesta, porque el cura la ocultó sagazmente tras de un emparrado para que nos cogiera mas de nuevo.

Lo opíparo del almuerzo, lo divertido del lugar, el golpe de la música y el trato dulce y cortés del coronel, del cura y otros señores, contribuia á aumentar en todos la alegría mas inocente. No se hablaba en la mesa de cosa que no entendieran bien los novios y sus padres. El campo, las siembras, las semillas, las cesechas, los carneros, los toros y las vacas dieron asunto para toda la conversacion, que manejaron muy bien los entendidos, haciendo hablar sobre todo á Pascual, á su hijo y aun á la novia, y como se les hablaba sobre materias que entendian, estaban con-

tentos, menos vergonzosos y muchas veces satisfechos porque quinaban en asunto de campo al coronel, al cura y á otros, como que hablaban con instruccion y con esperiencia. ¡Qué cierto es que cada uno es voto en su profesion!

El señor Labin y el otro eclesiástico escitaban aun mas nuestra alegría con sus chistes salados y cortes. A todos hacian reir de cuando en cuando, especialmente á la novia, á quien dirigian sus chanzas sazonadas, dejándola contenta. Dos cosas aprendí con la ocasion de asistir aquellos señores á la mesa: la primera, que así como en cualquier concurrencia decente se hace despreciable el faceto que á cada instante quiere á costa suya y de avergonzar á otros, arrancar la risa á los que lo oyen, así se hace apetecible un hombre de talento que sin hacer profesion de hazme reir ó de bufon, sabe mantener en todos la alegría sin ofensa de ninguno. Esto fué lo primero que aprendí, y lo segundo, que la chanza para que agrade es necesario que tenga cuatro circunstancias: *jovial, inocente, oportuna y discreta*: de suerte que en careciendo de cualquiera de ellas, ó degenera en sátira picante, ó en una insulzes fria y sin gracia. Por lo cual no es tan fácil desempeñar con aire el papel de chancero en una funcion pública, y no debe meterse á ello el que no se considere dota-

do del talento y gracia particular que se requiere, para no pasar la plaza de ridículo ó desatento.

Finalmente, con general complacencia y satisfaccion se concluyó el almuerzo: despues nos levantamos todos, y nos fuimos á pasear por la huerta.

Nada le faltó que prevenir al señor cura para que nuestra diversion fuera completa. En los árboles mas copados se veian pendientes diferentes objetos que la proporcionaban. En unos habia curiosos tableros de damas; en otros bolsas de fichas y naipes para jugar tresillo y otras cosas: en estos, instrumentos músicos: en aquellos, libros de novelitas y poesias: algunos estaban surtidos de barretas de fierro, otros de pelotas y guantes para los que quisieran ejercitar las fuerzas, y en muchos habia reatas muy cómodas para la diversion del columpio.

Cada uno fué tomando la que mas le inclinaba segun su edad y su temperamento, de suerte, que dentro de media hora ya estaban todos destinados. Por aquí se veian dos jugando á las damas, por allí otros tocando los bandolones y flauta: cuáles estaban tirando la barra, cuáles jugando á la pelota ó los naipes: ya se encontraba una señora recostada sobre un sofá leyendo un libro: ya otra cantando una aria ó un terceto, mientras las mas jóvenes se divertian apedreando los árboles para bajar frutas sazonadas, ó meciéndose en los columpios, ó jugando en los ca-

ñitos de agua, ó cortando las mas fragantes rosas, con que se adornaban el pecho y las cabezas.

Parece que *la Inocencia y la Alegría habian bajado de los cielos á aquel lugar ameno y delicioso*. Yo observé que en un instante las mugeres cortesananas depusieron el aire de etiqueta, y las payitas su natural encogimiento. Todas conversaban, corrian y retozaban alegres y contentas con la mayor familiaridad. Hasta Marantoña que por razon de novia debia haber estado mas cuitada [1] que las otras, andaba con todas saltando como una cabra, y trepándose á los árboles con mas ligereza que una ardilla, para tirarles á las niñas los chabacanos mas grandes, y las peritas mas maduras.

Así permanecieron jugando y divirtiéndose como hasta la una y media del dia, á cuya hora mandó poner las mesas el señor cura, y trató de que fueran todos á comer. Fácil es conocer que las muchachas llegaron muy cansadas de retozar, muy coloradas por el sol y el ejercicio, y las mas con alguna averia; porque unas llegaban con los tunicos rasgados, otras con los zapatos llenos de lodo, esta con un brazo raspado, aquella con la peineta hecha pedazos; pero to-

[1] *No hay razon para que las novias se averguencen ó se acuiten; pero ya lo han hecho costumbre, principalmente las aldeanas.*

das llenas de risa, sudando y rebozando la alegría por todas partes.

El señor cura las recibió con mucho agrado, y despues de que todos nos sentamos á la mesa, decia el coronel: Vea usted con disimulo, cuánto gusto tienen estas niñas y qué contentas han estado. Ciertamente que si todas las señoritas de la ciudad tuvieran proporcion de divertirse siquiera cada ocho dias de esta manera, padecerian menos flatos é históricos que los que padecen.

El ejercicio en el campo y entre personas alegres y joviales, es mucho mas provechoso para la salud y mas inocente en lo moral que los bailes que apadrian por lícitos muchas personas. Pues, hablo de los bailes en general, que en lo particular ya sabemos que puede haber bailes donde se junte la honra y el provecho; pero el campo, el campo es el depositario de la alegría, de la salud, de la riqueza y de la inocencia.

De esta manera alternaron sus conversaciones ya serias, ya jocosas; pero todas instructivas é intellegibles á aquellos pobres rústicos que nos acompañaban; y luego que se concluyó la comida, dió gracias á Dios el eclesiásco de quien hablamos en el capítulo 8.º que se llamaba D. Jaime: seguimos conversando un poco mas por sobremesa, y despues fuimos cada uno tomando nuestro sofá ó canapé de los

muchos que habia debajo de la sombra de los árboles, y nos acostamos á reposar la siesta.

A las cuatro nos sirvieron café y chocolate, y subimos á la vivienda del párroco: allí se aguardó á los demas de la comitiva, mientras que el coronel, su esposa, su hija, la familia de Doña Eufrosina y yo fuimos á dejar á los novios y sus padres á su casa, despues de dar al cura los mas justos agradecimientos.

Luego que llegamos á la pobre habitacion de estas buenas gentes, le dijo el coronel á Pascual que nada le debia de los veinticinco pesos que le habia pedido, y este sencillo labrador le dió mil gracias por tantos favores, sintiendo al mismo tiempo la droga que á su parecer tenia contraida con el cura, y añadia: Yayo estoy vendido y Culás, cuando menos para dos años, pos si solo por el casamiento me ha llevado quince pesos el señor cura, ¿cuánto nos llevará por todo el gasto que ha hecho agora?

Nada te llevará, le respondió el coronel, porque todo el gasto ha sido mio, y la disposicion ha sido suya, lo que debemos todos agradecer, porque ninguna obligacion tenia de hacerlo. Entonces redobló sus espresiones Pascual y todos los suyos, confesándose esclavos del coronel, de su familia y de su cura. El fervor con que prorumpia aquella buena gente sus agradecidas espresiones, manifestaba que las

decian de corazon, y el alegre semblante con que el coronel las escuchaba, daba á entender que estaba satisfecho de su sinceridad: ¡ya se ve! que los beneficios que se hacen á los pobres, como que van desnudos de interés, por lo comun se perpetúan en sus corazones para el agradecimiento.

En fin, llegó la hora de despedirnos. Todos abrazamos á los novios, y les felicitamos su enlace con palabras mas sencillas; pero Pomposita acordándose de su genio cortesano pedantesco, dijo á Maria Antonia: Me alegraré de que disfrute usted el amable consorcio de su esposo los años de Néstor y con la paz del tiempo de Augusto César Octaviano. Atónita se quedó la pobre ranchera con esta arenga, que entendió lo mismo que si se la hubieran dicho en griego. Doña Matilde y Pudenciana hicieron por disimular la risa, y no pudiendo, volvieron los rostros á otro lado y se taparon las bocas con los abanicos: esto lo advirtió la payita, y pensando que se reian de ella, se acortó mas, y le dijo á su Madrina: ¿Y agora qué digo yo, porque maldito lo que entiendo á esta niña? Dile que viva mil años, le respondió el coronel. Lo dijo así, se repitieron los abrazos, y nos marchamos para la calle.

Cerca de las oraciones de la noche llegamos á las casas curales, donde nos sirvieron el refresco, y concluido, nos despedimos del señor cura y regresamos

á esta hermosa capital adonde llegamos en media hora, acompañados de dos mozos que nos puso Pascual para que cuidasen y volviesen al rancho los caballos.

CAPITULO XVI.

En el que se refiere el principio de la triste historia de Carlota y de Welster. Este resuelve incorporarse á la Iglesia católica: hace un análisis de los fundamentos mas sólidos de nuestra religion, recibe el Bautismo, y va á la Habana á negocios de comercio.

ENTRAMOS en México, paró el coche en la casa de Doña Eufrosina, y todos nos apeamos en ella, llevando los mozos los caballos á su destino.

Cuando subimos á la sala encontramos en ella á un jóven como de treinta años, muy bien presentado, que habia llegado á esta capital esa misma mañana, y habia ido á casa de Doña Eufrosina en solicitud del caballero Labin, á quien venia recomendado de la ciudad de Washington, de donde era natural, y se llamaba Jacobo Welster.

Este individuo nos captó la voluntad luego que comenzó á platicar y darnos razon de su patria y del fin de su viaje, que era sobre asuntos de comercio. Dijonos que habia estado en España largo tiempo, y lo acreditaba con la perfeccion con que poseia el castellano, y con las exactas noticias que daba de la

Península, y especialmente de Madrid. Despues de habernos dejado aficionados á su trato fino, y satisfechos de que era un hombre instruido, se despidió con el señor Labin, con quien se retiró, y nosotros hicimos lo mismo, pues estábamos cansados y con deseo de recoger nos temprano.

Algunos meses pasaron sin que yo advirtiese nada particular, sino la mucha familiaridad que contrajo Welster en la casa de Doña Eufrosina, la que cada día se aumentaba con las frecuentes visitas que él hacia con objeto determinado. Este era una jóven hermosa llamada Carlota, hermana de Adelaida y amiga íntima de Eufrosina y de su hija.

Desde luego el amor enredó los corazones de ambos, y por mas que hacian uno y otro por disimular mutuamente su pasion, no podian. Cada vez que concurrían juntos, tenían sin duda un rato muy amargo. Los ojos de Jacobo se encontraban con los de Carlota y se espresaban con demasiada viveza: esta recibia las miradas con agrado; pero en el momento apartaba la vista de su amante, manifestando la mayor indiferencia. De manera que Carlota estaba asegurada de la voluntad de Jacobo; pero este no estaba cierto de la correspondencia de su amada.

Asi pasaron como seis meses, hasta que una noche, agitado fuertemente su corazon con la memoria de su adorado objeto, y no pudiendo dormir, co-